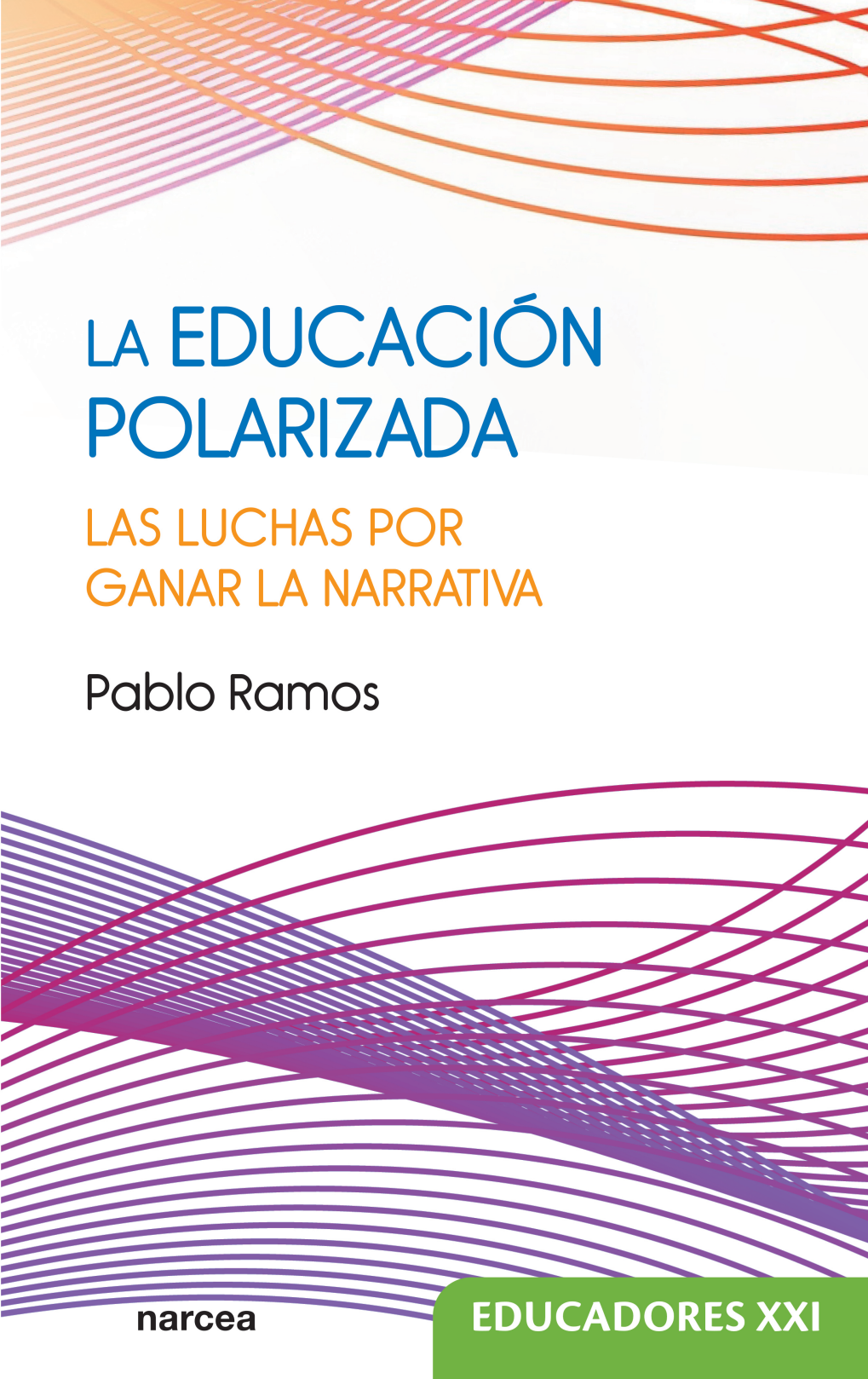




LA EDUCACIÓN POLARIZADA

LAS LUCHAS POR
GANAR LA NARRATIVA

Pablo Ramos

narcea

EDUCADORES XXI

LA EDUCACIÓN POLARIZADA

Las luchas por
ganar la narrativa

PABLO RAMOS

NARCEA, S. A. DE EDICIONES

© NARCEA, S.A. DE EDICIONES, 2026
Paseo Imperial, 53-55. 28005 Madrid. España
www.narceaediciones.es

Imagen de cubierta: Shutterstock

ISBN papel: 978-84-277-3417-3
ISBN ePub: 978-84-277-3418-0
ISBN ePub: 978-84-277-3419-7

Todos los derechos reservados

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

*La verdad es solo una. No hay
dos verdades.
Sin verdad, o bien con fragmentos,
con una parte pequeña de la verdad,
con una verdad cortada y podada,
es difícil vivir.
Una verdad parcial no es
una verdad.*

VASILY GROSSMAN. *Vida y destino.*

Índice

INTRODUCCIÓN	9
I. IDENTIDADES	15
1. La identidad en construcción	17
2. La fuerza del entorno	21
3. La influencia de las ideas políticas: progresismo y conservadurismo	25
II. POLARIZACIÓN	33
4. En la distancia: nosotros contra ellos	35
5. La identidad grupal como agente polarizador	39
6. Ignorando evidencias: sesgo de confirmación	45
7. La <i>hooliganización</i> de la educación	51
8. La polarización dirigida	55
III. METODOLOGÍAS QUE VENDER	59
9. Las guerras de la lectura	61
10. ABP para desayunar, comer y cenar	69
11. El curioso caso de Céline Alvarez	77
12. Revolucionando la educación: el DUA	83
13. El negocio del consejo educativo	93
IV. POLARIZAR PARA PUBLICAR: LA TRINCHERA ENTRE LÍNEAS	103
14. Ellos y nosotros	107
15. La “nueva” guerra narrativa	115

V. EL RAYO QUE NO CESA: LA ESCUELA EN CRISIS	121
16. La escuela como parque de atracciones	127
17. La escuela como cárcel	135
18. La degradación de la imagen pública del maestro	147
VI. HACIA DÓNDEVAMOS	157
19. El aula: despolarizados por contacto	159
20. La improbable despolarización mediática	163
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	169

Introducción

Pocas veces una persona se enroca tanto en una postura concreta como cuando es padre por primera vez. La construcción de una identidad paterna propia nos lleva, muchas veces, a defender de manera taxativa algunas de las decisiones que tomamos, lo cual no deja de ser un mecanismo de reafirmación que sirve para mitigar nuestra inseguridad. Así, ya antes de llegar al hospital, la madre tendrá claro si el bebé será alimentado con biberón o con leche materna. Esta decisión se tomará en función de múltiples factores, entre los que se incluirá una visión científica de los beneficios de la opción escogida, o no.

Una vez decidido, el núcleo familiar defenderá su decisión de forma pública frente a aquellos que han optado por emprender otro camino. Durante la lactancia comenzarán a llegar otras encrucijadas: decidir si hacemos colecho o si enviamos al bebé a su habitación —los defensores del método Estivill (2014) lo asumirán con todas sus consecuencias—, si favorecemos la “innata” libertad del niño o lo ajustamos a los horarios de los adultos, si lo mandamos pronto a la guardería o preferimos retrasar al máximo posible su entrada en la educación formal... Y a medida que crezcan, las decisiones pasadas nos parecerán en cierta manera banales comparadas con las presentes: elección del colegio, edad del primer móvil, horarios de llegada a casa los fines de semana...



La educación es un tema que hunde sus raíces en lo más profundo de la personalidad de cada uno de nosotros, de ahí que cualquier debate en torno a ella genere posicionamientos identitarios.

Ahora bien, aunque cada familia intenta ofrecer a sus hijos¹ una educación acorde a sus convicciones, lo cierto es que existen una serie de objetivos que son compartidos por la mayoría: inspirar un amor por el conocimiento, desarrollar hábitos de trabajo, inculcar el respeto hacia otras personas. Así, hay todo un conjunto de valores comunes que hacen que la escuela, más allá de la identidad de cada hogar, siga funcionando con normalidad. Cuando hablamos de cómo queremos que sea el sistema educativo son más las cosas que nos unen que las que nos separan. A pesar de ello, de estos valores compartidos, hay un ruido constante en torno a la escuela. Leer la prensa o ciertos libros sobre educación hoy día nos conduce a un estado de crispación y conflicto. Desde hace unos años asistimos a una especie de *hooliganización* del debate educativo.

Al buscar los orígenes de esta crispación debemos tener en cuenta que la educación no es sino un reflejo de la sociedad: cualquier problema que afecte a la relación entre ciudadanos acaba en la escuela. Que la sociedad está cada vez más polarizada, al menos en los medios, no es ningún secreto. El teatro político que presenciamos día a día en el Congreso de los Diputados es la quintaesencia de este fenómeno: una lucha

¹ Para facilitar la lectura, a lo largo del libro se hace uso genérico del masculino para hacer alusión tanto al género masculino como femenino, de acuerdo con las indicaciones más recientes de la Real Academia de la Lengua Española.

sin cuartel en la que dos bandos niegan la legitimidad de cualquier idea que provenga del contrario.

Como señalaba el sociólogo Zygmunt Bauman (2017), en las sociedades actuales se ha producido una vuelta “a la tribu”, lo cual afecta a la forma que tenemos de relacionarnos con los demás. Así, cuando se establecen debates entre “ellos y nosotros”, la finalidad no es la búsqueda de cierta verdad, sino mostrar al adversario lo sordo que es a los hechos y lo fatalmente adicto que se ha vuelto al prejuicio malicioso. De ahí, recalca el filósofo polaco, que se desaconseje encarecidamente escuchar al contrario; sentir empatía por este es un error fatal. Y esto, inevitablemente, se traspasa al debate educativo. La polarización mediática y política, sumada al hecho de que la educación tiene un componente de construcción identitaria, hace que la cuestión educativa acabe en una confrontación pública.

Algunos de los temas que generan mayor división son la existencia de la escuela concertada, la presencia de la asignatura de religión, el aprendizaje competencial, el desarrollo de la llamada “cultura del esfuerzo” o el “pin parental”. En un plano más pragmático, otros temas muy polarizados son la elección entre jornada continua o partida, la eliminación de los deberes o el modelo de bilingüismo en inglés, por citar solo algunos. En todos estos casos se observa una fuerte alineación con determinadas identidades políticas: el hecho de votar a un partido concreto suele ir acompañado de defender un conjunto específico de ideas educativas. Este hecho, que se conoce como megaidentidad partidista (Mason, 2018), provoca que nuestra identidad política pueda llegar a nublar nuestra capacidad para evaluar la educación de forma objetiva.

Como ciudadanos con opiniones políticas, solemos pensar que nuestras posturas surgen de un análisis objetivo de

la realidad. Defendemos ciertas ideas porque las consideramos justas y se alinean con nuestra identidad. Sin embargo —cada vez más— nuestra forma de pensar está mediada por intereses de terceros que, si no están ocultos, al menos resultan difíciles de detectar. Como ya hemos visto con las redes sociales, fomentar que la gente escuche solo aquello que confirma sus propias opiniones y rechace emocionalmente a quienes piensan distinto les reporta enormes beneficios económicos.

En el ámbito de los medios tradicionales, ciertas noticias pueden llevar a un periódico concreto a afianzar su base de lectores (no en vano, la sección de comentarios de un periódico digital no deja de ser una red social). En el mundo editorial, por su parte, los libros alarmistas y que crean una división social funcionan muy bien. Este tipo de polarización, que generalmente pasa desapercibida y contribuye de forma muy significativa al incremento de la tensión social, se conoce como polarización dirigida (Sunstein, 2009) y consiste en que un grupo de personas, una institución o una empresa fomentan la división para sacar provecho económico.

En educación son muchos los actores interesados en que el debate se extreme. La premisa de la que parten todos ellos —da igual su ideología— es que el sistema educativo está sumido en una grave crisis. Estas narrativas, impregnadas de política, no reflejan la complejidad de las aulas y presentan medias verdades. La estrategia siempre es la misma: se afirma que la escuela no funciona, se crea un “ellos” —muchas veces imaginario— al que se erige como responsable del desastre y, finalmente, todo el malestar se canaliza a través de un producto que genere ingresos (libros, metodologías, cursos de formación...). El daño colateral de este proceso es la degradación de la imagen pública de la escuela y de los maestros, a

quienes se presenta como colaboradores necesarios del desastre educativo.

Aunque la polarización se detecta fácilmente en libros con títulos como *La secta pedagógica*, *Breviario antipedagoga*, *Escuela o barbarie*, *El fin de la educación* o *Incompetencias básicas*, por citar solo algunos, existen otros ejemplos de polarización dirigida más sutiles. Con el fin de imponer su narrativa, diversas entidades y autores desvirtúan el análisis objetivo de la realidad educativa sin llegar a una confrontación directa; el resultado es un goteo constante de desconfianza hacia la institución que va ahogando poco a poco la voz de los maestros. En definitiva, las guerras narrativas en torno a la educación tienen múltiples beneficiarios y una única perjudicada, la imagen pública de la escuela.

Este libro es un acto de defensa de la escuela sin adjetivos, un apoyo a la labor diaria de miles de maestros que, durante años, han desarrollado un saber práctico destinado a enfrentar el desafío de educar sin entrar en polémicas. Por ello, aquí no encontrarán un posicionamiento identitario; no se trata de equidistancia, sino de un acto de resistencia frente a la deriva de división mediática que atraviesa el mundo de la educación y que no refleja de manera fehaciente lo que ocurre en las aulas.

Identidades

La huelga educativa fue convocada un jueves de finales del mes de mayo. Entre los motivos que la impulsaron —todos legítimos— se encontraban el rechazo a la eliminación de líneas en educación primaria, el aumento de sueldo para los docentes, el apoyo a la lengua autonómica y la negativa a la libre elección de colegio por parte de los padres.

Cada una de las personas que la secundó tenía sus motivos. Quien fue esa mañana a su centro educativo también lo hizo por razones muy concretas. Cada periódico se posicionó de un lado u otro. Cada partido político, por supuesto, sintió una pequeña victoria, ya que cualquier conflicto educativo es una oportunidad de fidelizar votantes.

Aun así, si entráramos en la mente de cada una de las personas implicadas en la huelga ese día —tanto si la habían apoyado como si no— veríamos que muchas de ellas sintieron un enorme conflicto interno, que el hecho de posicionarse públicamente las etiquetaba y que no estaban totalmente de acuerdo con la identidad que les habían otorgado quienes las miraban en la calle con una pancarta en la mano o, al contrario, quienes lo hacían sentadas en un aula casi vacía.

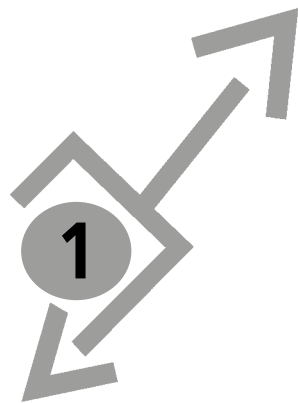
Las tensiones que se generan a nivel ideológico en la educación no suelen salir a la superficie. Tal vez sea fruto de nuestra historia, pero en nuestro país somos reacios a compartir opiniones políticas con desconocidos o con personas que no son de nuestra confianza.

Así, mostramos nuestra forma de ver la educación casi exclusivamente cuando sabemos que quienes tenemos delante piensan

como nosotros. De ahí el impacto que tiene una huelga en la forma en que nos vemos a nosotros mismos y en la que nos ve el resto de las personas: el posicionamiento es obligatorio. La identidad, ese constructo múltiple, se vuelve dicotómica. O estás a favor o en contra. La carga emocional que tiene un tema tan sensible hace aflorar pensamientos que van más allá de lo educativo y lo político, que se enraízan en un espíritu primitivo de pertenencia al grupo, del ellos contra nosotros. Para Zygmunt Bauman (2007), la identidad es un concepto calurosamente contestado; dondequiera que oigamos dicha palabra, afirma el sociólogo polaco, podemos estar seguros de que hay una batalla en marcha.

El hecho de que nos identifiquemos con diferentes grupos confiere complejidad a nuestra identidad: no solo tenemos una sino múltiples identidades, las cuales interactúan entre sí y, en ocasiones, entran en conflicto. Volviendo al ejemplo de la huelga, la identidad lingüística de un profesor podría haberlo llevado a secundarla con el fin de defender la lengua autonómica, aunque esta decisión entrara en conflicto con su visión política como liberal —la convocatoria también estaba en contra de la elección de centro por parte de los padres—; nuestras identidades pueden coexistir en un plano teórico, pero es en la toma de decisiones donde aparecen los problemas.

La identidad en construcción



Mucha gente piensa que nuestra identidad es como un rompecabezas en el que cientos de piezas —de pequeñas identidades— conforman nuestra forma de pensar y de actuar. Pero esta metáfora no funciona, ya que cuando compras un rompecabezas ya vienen todas las piezas en la caja, con la imagen claramente impresa en su tapa y con la imposibilidad de realizar una composición diferente. Uno puede consultar la imagen final a cada paso para saber cuánto trabajo le queda para llegar al final.



Nuestra identidad no se construye como un rompecabezas; está en constante evolución y afecta a nuestra forma de entender el mundo, de relacionarnos con los demás y de actuar.

Esta evolución constante hace que la posición que tenemos sobre determinados temas pueda variar con los años hasta llegar a asentarse. La visión de la ciudadanía sobre la educación es un claro ejemplo de ello. De entrada, esta marca nuestra vida como alumnos (ser un “empollón” o ser un “repetidor” son identidades educativas, identidades negativas en ambos casos); sin embargo, ya en la vida adulta esa concepción de nosotros mismos se puede modificar. Incluso alguien que

durante la adolescencia manifestara un rechazo frontal al estudio y al trabajo podría, acabada la escolarización, abrazar la “cultura del esfuerzo” y afirmar que las nuevas generaciones no conocen el significado de la palabra sacrificio: la construcción identitaria no siempre es racional.

Ahora bien, una vez se abandona el sistema escolar, las posiciones sobre la educación pasan a un segundo plano. Las opiniones sobre el funcionamiento de la escuela no parecen esenciales en el pensamiento de un ciudadano a no ser que este esté directamente implicado en el sistema.

Habrá que esperar a otro evento en la vida adulta, la llegada de la paternidad, para ver cómo la identidad educativa se reactiva. El tener que decidir el tipo de educación que deben recibir tus hijos es un hecho que lleva a redefinirte. Como en la huelga educativa, debes posicionarte. Con cada elección no solo se contribuye a crear un tipo de hijo, sino que además se ahonda en un tipo de paternidad concreta. Esta identidad determinará una infinidad de pequeñas decisiones en el día a día: cómo actuamos frente a la llamada del maestro que reprende a nuestros hijos, a qué actividades extraescolares los llevamos, qué grado de autonomía les ofrecemos a la hora de hacer los deberes... La construcción de una identidad paterna no solo es un constructo teórico sino algo que se ejerce en la práctica.

Los profesionales de la educación también construimos nuestra *praxis* a través de la identidad que hemos ido desarrollando a lo largo de los años. Mandar o no deberes para casa, usar o no el castigo como medio principal de control de la clase, trabajar la justicia social o ceñirse estrictamente al programa... cada docente desarrolla un conjunto de rasgos que lo caracterizan frente a los demás.

La inexorable evolución de nuestras identidades hace que experimentemos cambios de postura a lo largo de nuestra

carrera profesional —ocurre también como padres. Un maestro joven recién llegado a la escuela cuenta con una identidad educativa que ha moldeado desde la distancia, primero desde su propia experiencia como alumno y, segundo, desde una visión teórica desarrollada en la facultad de educación. A partir de ahí comienza un viaje en el que las nuevas experiencias irán tumbando creencias preconcebidas y en el que nuestras convicciones personales se equilibrarán con la realidad del aula.

Ahora bien, el hecho de repensar continuamente el acto de enseñar y de adquirir nuevas experiencias no tiene por qué implicar un cambio radical de identidad. Lo que es seguro es que cualquier modificación de esta se produce lenta e imperceptiblemente. Cada sesión de clase, cada charla con un padre, cada conversación con otro colega, van dando forma a nuestra manera de ver la educación. La identidad docente evoluciona a lo largo del tiempo a través de la interacción con nuestro entorno próximo.